

gloria de la redempcion de Cristo; por cuyos merecimientos se dió á ellos esta tan grande fortaleza y gracia con que triunfaron del mundo, como adelante se dirá.

## CAPITULO XVI.

Décimaquinta excelencia de nuestra fe, que fué la reformation del mundo.

No se puede negar sino que sobrepuja toda admiracion este efecto y beneficio que obró en el mundo la predicacion del Evangelio; mas con todo eso tengo por mas admirable el que agora diré: que es la reformation de las costumbres, y la novedad de vida que en infinitas maneras y estados de personas se vió cuasi en todas las partes del mundo, como consta por todas las historias eclesiásticas. Y digo ser esta obra mas admirable, porque mas dificultosa cosa es mudar la voluntad de la mala vida á la buena, que convencer el entendimiento al conocimiento de la verdad; lo cual á veces se hace con una buena razon, ó con algun milagro (aunque no sin tocamiento de Dios). Mas despues de rendido el entendimiento hay mucho camino que andar hasta llegar á reformar la voluntad, y conservarla en el bien. Lo cual se ve en las costumbres de muchos cristianos, que estando muy enteros en la fe, están muy rotos en la vida, sin haber sermones, ni temores de muerte, ni juicio, ni infierno que basten para reformar su voluntad.

Para entender la grandeza desta obra traeré el ejemplo de aquel grande orador de Grecia, Isócrates; el cual tomando á cargo algun mancebo para enseñarlo, si nada sabía, pedia sola una paga; y si habia sido enseñado de otro, pedia dos; una por desenseñarle lo mal sabido, y otra por enseñarle de nuevo. Digo esto para que se entienda la dificultad grande desta obra. Porque una dificultad fué desarraigar á los hombres de sus deleites, y torpezas, y mala vida, confirmada con la costumbre de muchos años, y con los malos ejemplos de sus mismos dioses; y otra levantarlos á la perfeccion de la vida evangélica. Y cuáles hayan sido las costumbres de los hombres ántes de la predicacion del Evangelio, Sant Pablo lo declaró luego al principio de la epístola á los romanos (a): donde cuenta tantas maneras de abominaciones, y vicios, y carnalidades que habia en los gentiles, que ponen espanto á quien quiera que las lee. Lo cual entiendo yo por esta comparacion. Vemos que muchos de los cristianos que tienen fe y sacramentos que dan gracia, y creen que hay juicio, y paraíso, y infierno, y que Dios murió en cruz, por satisfacer por los pecados, y por desterrarlos del mundo; con tener esto por fe, viven (como vemos y lloramos) tan dados á todo género de vicios, como si nada desto creyesen. Pues los que nada desto creian, ni sabían cosa cierta de la otra vida, ni pensaban que habia mas que nacer y morir, y los dioses que adoraban eran adúlteros y carnales, ¿cuáles habian de ser los que los adoraban, sino tales como ellos? Y así en aquel tiempo estaba abierta puerta á la carne, y dada licencia para que sin ningun freno de temor ni respecto de Dios se derramase por todas las abominaciones que quisiese, y buscase todas las invenciones de cobdicias, y deleites, y carnalidades que se le antojasen; en tanto grado que hasta los mismos filósofos que profesaban la virtud en Grecia, estaban contaminados con vicios feisimos, como Sant Hierónimo refiere sobre el cap. II de Esaías (b). Esta pues fué

(a) Rom. 1. (b) Esaí. 2. Hieron. ibi. ad vers. 6.

la primera dificultad que hubo en este negocio. Para lo cual era necesario desentablar el mundo del estado miserable en que vivia, no solo desarraigándole de los vicios en que estaba hasta los ojos atollado, sino tambien abrogando las leyes antiguas de sus mayores, y los fueros y costumbres inmemorables de tantos siglos, guardadas por todos los reyes y emperadores del mundo; las cuales no solo autorizaban con la dignidad de sus personas, mas tambien las defendian á fuego y á sangre.

Pues la maravilla de la gracia del Evangelio fué, que deste linaje de hombres pudo hacer esta gracia hombres celestiales y divinos, y semejantes en la pureza de vida á los mismos ángeles; y esto no en sola Judea (donde comenzó la predicacion del Evangelio), sino en todas las naciones del mundo, como consta por todas las historias eclesiásticas.

## §. I.

Profecías desta mudanza y conversion del mundo.

Esta circunstancia de la equalidad de los hombres en quien la predicacion del Evangelio hizo esta mudanza, engrandese el Señor debajo de diversas metáforas y semejanzas que declaran la fiereza de aquellos hombres en quien ella se hizo. Lo cual nos representa divinamente aquel lienzo que fué mostrado al apóstol Sant Pedro (e), lleno de víboras, y serpientes, y de otros fieros y ponzoñosos animales; para significarnos qué tales eran los hombres que Dios habia de santificar y llevar al cielo, adonde aquel lienzo se volvió. Y conforme á esto la Escritura de los profetas unas veces los compara con leones y tigres, y osos, y serpientes; y dice que en compañía destes pascerán las ovejas, y los corderos, y becerros, sin recibir daño alguno dellos (d): otras veces los compara á avestruces y dragones, y otras bestias del campo; y estas dice el mismo Señor que lo alabarán y glorificarán con la sanctidad y pureza de la vida que han de hacer (e): otras veces los compara con los páramos, y sequedales, y tierras estériles, y árboles silvestres, que ningun fructo dan sino para bestias. Y para declarar la mudanza que en estos hará, dice por Esaías estas palabras (f): Yo haré brotar ríos en lo mas alto de los collados, y fuentes de agua en medio de los campos. Haré que en los sequedales y tierras desiertas haya estanques de aguas, y que en la tierra por donde nadie caminaba, nazcan ríos y fuentes. Haré que en la tierra yerma que ningun fructo daba, nazca el cedro, y la espina (que es árbol incorruptible), y el arrayán, y el olivo, y la haya, y el álamo, y el boj. Pues por estas comparaciones quiere el Señor declarar esta tan maravillosa mudanza que él hizo en la gentilidad, que era como una tierra estéril que ningun fructo de verdadera virtud y sanctidad llevaba, y como un desierto donde no hay sino zarzas, y aulagas, y árboles silvestres, que no sirven mas que para el fuego. Pues cuando el Señor dice que esta tierra estéril, sin frescura, sin agua y sin fructo, será llena de frescuras y ríos de aguas, nos quiere declarar la extraña mudanza que él habia de hacer en las vidas y costumbres destes hombres bárbaros y fieros; de los cuales procedió tan gran número de sanctísimos pontífices, y sacerdotes, y doctores, y monjes, y otros sanctos confesores y vírgines. Y para que entendiésemos cuán admirable obra era esta, y cuán digna de la omnipotencia de Dios, añáde luego el Señor estas palabras (g): Para que por esta

(e) Act. 10. (d) Esaí. 11. 65. (e) Esaí. 45. (f) Esaí. 41. (g) Ibid.

obra vean los hombres, y sepan, y piensen, y entiendan que la mano del Señor hizo esta mudanza, y el sancto de Israel la pudo acabar. Cuatro palabras pone que significan lo mismo, para darnos á entender cuán grande obra haya sido esta, y cuánto queria él que fuese pensada, y repensada de nosotros, para ser él por ella glorificado. Y aunque esta mudanza de vidas y corazones de un tan grande extremo á otro sea tan admirable; pero mas me espanta aquí el primer extremo, que el segundo: que es ver que tales hombres, cuales fuéron estos ántes que Dios los mudase, los hizo tales, cuales fuéron despues que los mudó; pues vemos cuánto cresce la alabanza de un oficial, cuando de una materia vil hace una obra de gran primor y perfeccion.

## §. II.

Admirables frutos de sanctidad que desta obra se siguieron.

Todas estas profecías y otras muchas que sería largo proceso traerlas aquí, declaran la reformation de las vidas, que habia de causar la venida de nuestro Salvador en el mundo. La cual tambien profetizaron las sibilas, y señaladamente la sibila Cumea (como adelante veremos). Porque dice que cuando este nuevo hombre viniere del cielo á la tierra, se habia de levantar una gente dorada en el mundo; significando por esta metáfora de oro el precio y resplandor de la vida desta nueva gente.

Cuán grande reformation haya sido esta, y cuánta infinidad de sanctos se levantaron de los gentiles (que en las costumbres son aquí comparados con bestias fieras, y con dragones y serpientes), eran menester lenguas de ángeles que esto pudiesen declarar. Por tanto, como esto sobrepuje lo que nuestra lengua puede explicar, usaré de un breve y compendioso medio, que es remitir al piadoso lector á cualquiera de los martirologios (que son summarios de las vidas de los sanctos) que están escritos; y señaladamente al que agora salió á luz por mandado de nuestro sanctísimo padre Gregorio XIII, donde hay trecientos y sesenta y seis capítulos (que llaman kalendas), para todos los dias del año; y ahí verá tanta infinidad y variedad de sanctos y sanctas en todos los estados, y edades, y condiciones de personas, de hombres, de mujeres, de viejos, de mozos, de niños, de vírgines, de casadas y de personas de alto estado, que no podrá dejar de maravillarse viendo tantas riquezas y tesoros de sanctidad como aquí verá. Y como se escribe de la reina Sabá (h), que desfallecia su espíritu considerando las grandezas de la casa de Salomon, así desfallecerá el suyo considerando las riquezas de la casa del verdadero Salomon, que es Cristo; y tanto mas, cuanto es mayor Cristo que Salomon, y mas admirables las riquezas espirituales que duran para siempre, que las temporales que se acaban con la vida.

Aquí verá un ejército de innumerables mártires, así de hombres como de mujeres, y de vírgines muy delicadas, y de otras innumerables gentes que padecieron con incomparable fortaleza y constancia tormentos nunca vistos ni oídos, por no perder un punto de la fe y lealtad que debian á su Criador. Muchos de los cuales, sin ser buscados, se ofrecian voluntariamente á los tormentos, deseando derramar su sangre por aquel Señor que por ellos derramó la suya. Y estos en tan grande número, que á veces padescian ciento juntos, y trecientos, y cuatrocientos, y mil, y cuatro mil, y seis mil,

(h) 3. Reg. 10.

y diez mil, y quince mil, y diez y siete mil, y veinte mil, y treinta mil, y á veces pueblos y ciudades enteras; como lo podrá ver quien leyere el martirologio de que agora hecimos mencion. Y á veces no señala número cierto, mas que decir que eran innumerables. Lo cual singularmente declara la virtud y eficacia de la sangre de aquel Cordero, que tan liberal y magníficamente comunicó su gracia á tantos cuentos de ánimas para hacer un acto tan heróico, como es padecer martirio por la gloria de Dios. En esta nuestra edad cuando oimos decir que en Africa, ó en Turquía, ó en Inglaterra padesció algun cristiano grandes tormentos por la fe, nos maravillamos y alegramos, y damos gracias á Dios por cosa tan nueva y tan rara. Mas en aquel tiempo era cosa tan ordinaria martirizar los cristianos, que cesaba ya la admiracion desta tan grande obra, por ser tan usada y cotidiana. Entre las grandezas de Salomon se escribe (i), que era tanta la abundancia de plata que habia en su tiempo, como de piedras; y que ya no se hacia caso de la plata, por haber multiplicado en tanta abundancia. Pues si esta es gran maravilla, ¿cuánto mayor lo es que por virtud de la gracia de nuestro Salomon haya habido en la Iglesia tan grande número de mártires, que ya no se espantaban en aquel tiempo los cristianos de ver este tan cotidiano derramamiento de sangre, como nos maravillamos agora cuando sabemos de algun nuevo mártir? Y si el martirio es una cosa tan gloriosa (como adelante se verá), ¿cuáles serán las riquezas espirituales de nuestro Salomon, pues trajo al mundo tanta abundancia dellas?

## §. III.

Confesores sanctísimos que ha dado esta mudanza á la Iglesia.

Despues del ejército de los mártires verá otro de varones apostólicos: que es, de sanctísimos doctores, y predicadores del Evangelio, y de vigilantísimos pontífices; de los cuales muy pocos acabaron sus vidas sin sangre. Y como estos eran sucesores de los apóstoles, así tambien eran imitadores de su fe, de su constancia, de su caridad, del celo de la salvacion de las ánimas, y del cuidado de apascentar su ganado con los ejemplos de su doctrina y vida sanctísima. Donde verá cumplida aquella promesa del Señor por Hieremías, que dice (k): Daros he pastores conformes á mi corazón; y apascentaros han con ciencia y doctrina. Los cuales cuando se ofrecian peligros de lobos, ó otras fieras, no desamparaban el ganado (como hacen los pastores jornaleros), sino como imitadores de Cristo, buen pastor, acarreaban sus ovejas, y se ponian en la delantera, ofreciéndose al peligro para animar con el ejemplo de su fortaleza á su ganado. Y cuando esto vea, no se maravillará de la sanctidad de los fieles de aquel tiempo; pues tales eran los pastores que los regían.

Y no ménos verá ahí diáconos y sacerdotes religiosísimos, imitadores de sus pontífices, y fidelísimos ministros y ayudadores dellos. En los cuales verá cumplido lo que comunmente se dice, que entónces los cálices de barro tuvieron sacerdotes de oro; mas agora los cálices de oro tienen los sacerdotes de barro. Lo cual no se dice por los buenos, sino por los que no lo son.

Pasemos de los sanctos pontífices y varones apostólicos, á los monjes de Egipto; de los cuales unos vivian en comunidad, otros en soledad, escondidos del mundo,

(i) 3. Reg. 10. (k) Hierem. 3.

y apartados no solo de la compañía de los hombres, sino de toda humana consolacion; sustentándose con raíces de yerbas, y ocupándose día y noche en la contemplacion de las cosas celestiales; con cuyo pasto eran de tal manera recreados y consolados, que podian sufrir alegremente los trabajos de aquella extremada pobreza, y abstinencia, y soledad.

La manera de vida destes sanctos varones escriben gravísimos y santísimos doctores, en cuyos tiempos florecia esta celestial disciplina: cuales fueron, Hierónimo, Augustino, Basilio, Crisóstomo, Casiano, Clímaco, Eusebio Cesariense, y la historia Tripartita; y allende destes Paladio, obispo de Capadocia, y contemporáneo de Sant Hierónimo, con otros seis compañeros religiosos que partieron de Palestina á pié y descalzos, para visitar los sanctos padres que moraban en la tierra de Egipto; y dos dellos escribieron las maravillas que vieron: que eran millares de monjes que vivian debajo de la obediencia de sus padres, á veces dos y tres mil, y á veces cinco mil; los cuales despreciados todos los halagos y gustos del mundo, y puestos todos sus deseos y pensamientos en Dios, imitaban la vida de aquellos espíritus soberanos, ocupándose siempre en amar y alabar á su Criador, teniendo los cuerpos en la tierra, y los pensamientos y deseos en el cielo; y viviendo en la carne, como si estuvieran fuera della. Y verá en ellos una continua oracion de noche y de día, unos espíritus tan elevados en Dios con las alas de la contemplacion, unas abstinencias admirables de muchos que pasaban las semanas enteras sin algun mantenimiento corporal, recreados y sustentados con la abundancia de las consolaciones divinas, que del espíritu redundaban en la carne.

Y entre estas cosas refieren una digna de eterna memoria; y es, que en una ciudad vecina de Tébas, llamada Oxirinto, adonde aportaron, era tan grande la sanctidad de los moradores della, que igualmente hacian oracion en la plaza que en la Iglesia. Y visitando al sancto y dichoso pastor de tan escogido ganado, supieron dél que en aquella tierra habia diez mil monjes, y veinte mil vírgines. Pues, ¿quién no queda atónito con esta maravilla? ¿Quién no ve aquí la eficacia de la redempcion y sangre de Cristo, y la excelencia de su Evangelio; pues la predicacion dél fué causa de toda esta sanctidad y mudanza de vida, y mas en gente que tan atolada estaba en el cieno de todos los vicios? ¿Cuándo, despues que el mundo es mundo, se vió tal maravilla, tal sanctidad y tal pureza de vida?

#### §. IV.

Doncellas delicadas que han abrazado la Cruz y doctrina evangélica.

Y lo que es aun cosa de mayor admiracion, no solamente los varones robustos, mas tambien las vírgines nobles y delicadas abrazaron el rigor y propósito desta vida. Lo cual refiere Sant Crisóstomo como testigo de vista (1), porque en su tiempo florecian estas virginales plantas, donde verá el cristiano lector, no solo la excelencia de nuestra religion, sino tambien la fuerza del amor de Cristo cuando se apodera de un corazon. Lo que dice pues este sancto destas vírgines en sentencia, es lo que se sigue. Doncellas de poca edad, acostumbradas á estar todo el día asentadas en sus estrados, acostadas en sus camillas blandas, por ser ellas de su complexion na-

(1) Homil. 13. ad Ephes. Moral. tom. 4.

tural delicadas, y mucho mas por la costumbre y regalo de la vida (las cuales en ninguna cosa se ocupaban sino en ataviarse y vestirse de ropas mas delicadas que sus mismos cuerpos, adornando sus cuellos con joyeles y collares de oro, sirviéndose de muchas criadas que traian al derredor de sí, y cercadas por todas partes de perfumes y unguentos olorosos), estas pues, cuando fueron tocadas del fuego del amor de Cristo, despidieron de sí todas estas blanduras y delicadezas, y olvidadas de su edad, y de los regalos de la vida pasada, abrazaron de todo corazon la pobreza y aspereza de la Cruz de Cristo. Pareceros han por ventura cosas increíbles las que acerca desto os diré; mas no lo son. Porque tengo noticia que muchas destas vírgines que con tanto regalo trataban sus cuerpos, vinieron por amor deste Señor á tratarlos con todo género de aspereza. Porque andan vestidas de jerga, y los piés descalzos, teniendo por cama un saco de paja, y gastando la mayor parte de la noche en vigiliyas y oraciones; y la cabeza que ántes con tanta diligencia adornaban, traian con un vil lienzo cubierta, y los cabellos mal atados, sin alguna curiosidad. Su comer es una vez al día, y esta en la tarde, y el manjar no es hortaliza, ni pan de trigo, sino habas, garbanzos, aceitunas y higos. Su oficio es ocuparse en labrar lana mas áspera que la que sus criadas hilaban en sus casas. Y no ménos se ejercitan en la cura de las enfermas, lavándoles los piés, y llevándolas sobre sus hombros cuando es menester mudarlas de una parte á otra, no desdendiéndose de servir en los oficios mas viles y bajos de la cocina, y en otros semejantes. Tanto es lo que puede (como dije) el fuego del amor de Cristo, y tan poderosa es el alegría del Espíritu Sancto para vencer la naturaleza. Lo susodicho en sentencia es de Sant Crisóstomo.

Esto refiere este sancto doctor de aquellas vírgines de su tiempo. Mas ni faltan aun agora en estos nuestros tiempos que cada día lamentamos, otros ejemplos semejantes. Porque, ¿cuántas doncellas nobles y delicadas vemos cada día, las cuales teniendo riquezas, y edad, y hermosura para poder casar honradamente, y siendo para ello importunadas de sus padres, despreciaron todo esto, y escogieron los monasterios mas ásperos y encerrados que se hallaban en la tierra, para sacrificar allí sus cuerpos y ánimas al Esposo celestial; desterrándose del mundo, y de la dulce compañía de sus padres, trocando la seda por el sayal, y las riquezas por la pobreza, y la libertad por el encerramiento, y el señorío por la subjeccion, y las galas por los cilicios, y los manjares delicados por los ayunos, y los regalos de la carne por la mortificacion de todos sus gustos y apetitos? Pues, ¿quién no reconocerá aquí las fuerzas de la gracia, y la virtud del Evangelio?

Porque es cierto que como la piedra tiene natural inclinacion á decender á lo bajo, así nuestra carne (cuanto es de su naturaleza) es tan inclinada al amor de todas las cosas que le son favorables: como son riquezas, honras, deleites, y todas las blanduras y regalos de la vida, como lo vemos en los hombres del mundo que se desprecian por estas cosas, y huyen como de la muerte de las contrarias. Pues ver una criatura compuesta desta misma carne, aborrescer como peste todas estas cosas que el mundo adora, y abrazar con toda voluntad estas que el mundo aborresce, claro está que no procede esto de la misma carne, sino lo contrario; luego otra virtud sobrenatural habemos aquí de confesar, la cual prueba-

lesce contra la naturaleza de la carne de tal manera, que mortifica y adormece sus naturales inclinaciones para que no perviertan al espíritu. Pues si tendríamos por gran maravilla que la piedra no decendiese, ó que el fuego no quemase, ¿cómo no será maravilla que estando nuestro espíritu cercado de carne, cese ella de hacer su oficio, y usar de sus malas mañas con que suele oprimir al espíritu? Y aunque en algunas personas se hace esto con dificultad y contradiccion; pero en otras es tanta la abundancia de la gracia, y de la paz interior que nuestro Señor les da, que está la carne como una serpiente encantada, que aunque es verdadera serpiente, está su ponzoña y malicia suspensa, y como adormecida para no perturbar la paz del espíritu, como ántes solia. Y en este tiempo canta el hombre con el profeta David (m): En el camino, Señor, de tus mandamientos me deleité, así como en todas las riquezas del mundo. Y si esta paz interior del ánima se diese á pocos, podríamos decir que una golondrina no hacia verano; mas los que tienen por oficio tratar consciencias de personas espirituales, saben á cuántas ánimas comunica nuestro Señor esta gracia.

#### §. V.

Particulares ejemplos acerca de lo dicho.

Mas porque todo esto se ha dicho en comun, decendamos á tocar algo en particular, refiriendo algunos ejemplos de muchos que se pudieran traer; y estos de personas ilustres, porque en estos se ve mas claro la virtud de la gracia y de la humildad; porque tanto es mas admirable esta virtud, cuanto los estados son mas altos. Porque, como dice muy bien Sant Bernardo (n), vivir en estado alto sin tener corazon altivo, no es obra de la naturaleza humana, sino de la gracia divina. Esto pues nos declara Sant Luis, rey de Francia; el cual con toda su grandeza se recogía en un lugar secreto, y allí lavaba los piés y las manos de los pobres, y los limpiaba y besaba con toda humildad y reverencia por ejemplo de Cristo. Y despues desto, ¿qué cosa es ver á la emperatriz, mujer del emperador Teodosio, andar por los hospitales y casas de enfermos sirviéndoles por su propia persona como una moza de servicio? ¿Qué es ver á Sancta Isabel, hija del rey de Hungría, hacer lo mismo, y aplicar ella con sus manos los emplastos y medicinas á las llagas de los bubosos y sarnosos? Pues, ¿qué diré de la mudanza de vida, y de las obras de humildad en que se ocupaba aquel noble varon, por nombre Galicano, despues que se convirtió á nuestra sancta fe, habiendo sido cónsul en Roma? Porque (como escribe Usuardo en su martirologio) corrió tanto la fama desta mudanza de vida, que venian muchos de las partes de Oriente y de Occidente, á ver un hombre tan principal lavar los piés de los pobres, ponerles la mesa, darles aguamanos, servir con toda diligencia á los dolientes, y finalmente ejercitar todos los oficios desta sancta servidumbre de Cristo.

Pues, ¿qué diré de la continencia de Sant Eduardo rey de Inglaterra, y de la reina su mujer? Obligaron los grandes del reino á este sancto Rey á que se casase, por proveer en la sucesion del reino; y buscáronle una nobilísima y honestísima doncella, no ménos virtuosa que él. Y ordenado el casamiento, trataron ambos de conservar perpetua virginidad; de lo cual no quisieron que

(m) Psalm. 118. (n) Super Missus est. Homil. 4.

hubiese otro testigo mas que Dios. De manera que ella se hace su mujer con el espíritu, no con la carne; y él marido, no con el cuerpo, sino con el ánima; y persevera entre ellos sin la obra del matrimonio el amor matrimonial, y la liga del casto amor sin menoscabo de la pureza virginal. El es amado sin alguna corrupcion, y ella amada sin ser dél tocada. Pues, ¿quién no reconocerá en esta obra la virtud inestimable de la divina gracia? Sant Bernardo (o) tiene por mayor milagro conversar familiarmente con mujeres de sospechosa edad, y no desvarar, que resucitar muertos. Pues segun esto, ¿cuán grande maravilla fué conversar tan familiarmente estos dos sanctos casados, no un año, ni dos, sino toda la vida, y comer ambos á una mesa, y amarse entrañablemente (pues no hay cosa mas amable que la virtud y la honestidad), sin por eso perder la flor de su pureza virginal? Mas el Señor, que esta singular pureza dió á este sancto Rey, quiso dar della testimonio. Porque á cabo de treinta y seis años de su glorioso tránsito, abriendo su sepultura, hallaron su cuerpo tan entero, y tan flexible, y sus vestiduras tan enteras como el día que lo sepultaron. Desta manera pues honra Dios á los amadores de la castidad.

Y no es cosa ménos admirable la que hizo este sancto Rey; porque diciéndole un pobre andrajoso y lleno de llagas podridas, que el apóstol Sant Pedro le mandaba que lo tomase á sus cuestras, y lo llevase dende el palacio real hasta la iglesia del mismo apóstol, sin mas exámen ni testimonio que este, tomó á sus cuestras al pobre, tiñiéndosele de sangre y materia las vestiduras reales, y escarneciendo dél sus criados, y así lo llevó, y puso ante el altar del dicho apóstol, y súbitamente lo alcanzó sanidad. Pues ¿qué dirá aquí la prudencia humana? Claro está que diria ser esta obra indigna de la autoridad y majestad real; mas la prudencia divina, y el sucesso del milagro nos muestran lo contrario.

Y decendiendo á personas de menor autoridad, ¿qué maravilla es ver al bienaventurado Sant Alejo estar diez y ocho años en un rincón de la casa de su padre en hábito de pobre y peregrino, sufriendo muchos malos tratamientos y injurias de sus criados, y ver delante de sus ojos las lágrimas de sus padres viejos, y las de su muy querida esposa, y la abundancia y riquezas de su casa; y con todo esto perseverar todo este tiempo en aquella tan gran pobreza y aspereza de vida, sin que nada de lo dicho enterneciese ó mudase el propósito de su corazon? Ni es ménos admirable el ejemplo de Sancta Eufrosina, hija única de su padre, desposada con un muy noble mancebo; la cual tomando hábito de hombre, recibió el de monje, y perseveró treinta y ocho años en el monasterio, donde siendo muchas veces visitada de su padre, sin ser dél conocida (el cual grandemente consolaba sus lágrimas y desamparo con las dulces y amorosas palabras della), nunca ni las lágrimas de su viejo padre, ni la pena del esposo bastaron para descubrir en todos estos años quién era, por no perder el tesoro de aquella vida religiosa que habia hallado; hasta que al punto de la muerte se le descubrió, para que él solo enterrase su cuerpo. Lo cual él cumplió con infinitas lágrimas, y con grande admiracion y espanto de cosa tan extraña. Y esto hecho, distribuyó toda su hacienda á pobres, y recogido en aquella misma celda de su hija, acabó sanctamente lo que le restaba de vida. Callo otros innumerables ejemplos que

(o) Sup. Cant. serm. 65.

á este propósito se pudieran traer; mas estos bastan para muestra de lo que está dicho.

## S. VI.

Refiérense todos estos bienes á su causa, que es la Cruz del Salvador.

Toda esta variedad y muchedumbre de sanctos que aquí habemos referido, ¿de qué fuente manó, sino de las llagas preciosas de nuestro clementísimo Redemptor, que es aquel Cordero, que, como dice Sant Juan (p), fué sacrificado dende el principio del mundo? Porque ningún justo hubo ni habrá hasta que el mundo se acabe, que no sea justificado por el mérito del sacrificio deste Cordero. Y aquí verá cumplido lo que el mismo Salvador dice (q), que si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, él solo permanecerá; mas si muere, dará mucho fruto. Este grano de trigo es Cristo nuestro Señor, que cayó del cielo en la tierra; y si él no muriera, él solo permaneciera en su gloria como Hijo de Dios que era, y ninguno otro hombre se salvara. Mas porque despues de caído en la tierra murió, de aquí es que por el mérito de aquel grande sacrificio de su muerte dió mucho fruto; que es esta muchedumbre de sanctos y y sanctas que habemos dicho. ¡Oh grano de trigo precioso! oh grano fructuoso! oh grano de que procedió una tan grande mies de sanctidad y gracia que hinchó el mundo! oh grano de que tantos granos nascieron, cuántos sanctos ha habido despues que Dios crió el mundo, y habrá hasta que se acabe! Oh grano de trigo de que se consagra aquel pan celestial que mantiene los justos, y da vida inmortal á los que dignamente lo comen! Oh grano de trigo muerto en la tierra, que nos abriste las puertas del cielo, y nos das vida perdurable! Oh grano de trigo muerto, que mataste el pecado, y destruiste la muerte, y quitaste la vida y las fuerzas á todos nuestros enemigos! Oh grano muerto en la tierra por la obediencia y gloria del Padre, que á tantos millares de mártires esforzaste para que alegremente muriesen por esa misma gloria! Oh grano de trigo muerto, que resuscitaste los muertos, y sustentas los vivos, esfuerzas los flacos, curas los enfermos, alegras los justos, y les das gusto y prendas de la vida eterna!

Por aquí tambien se confirmará el cristiano en la fe del misterio de la Pasion y Encarnacion del Hijo de Dios, con una tan grande fuerza, que todas las máquinas y argumentos de infieles y herejes no la puedan enflaquecer; tomando por fundamento para ello la condicion y naturaleza de la divina bondad. Porque cierto es que la mas gloriosa perfeccion que hay en nuestro Señor Dios (á nuestro modo de entender) es la bondad; y esta es por la cual él quiere ser mas conocido y alabado, como muchas veces está dicho. Sabemos tambien que la cosa mas natural y mas propia desta summa bondad es ser comunicativa de sí misma y de sus bienes; y por consiguiente querer hacer á los hombres participantes de su bondad y sanctidad. Para confirmacion desto conviene traer á la memoria aquella admirable vision del profeta Esaías (r), en la cual vió á Dios asentado en un trono muy alto, y dos serafines á los dos lados, los cuales mirándose uno á otro, á altas voces decían: Sancto, Sancto, Sancto es el Señor Dios de Sabaoth (s), que es el himno, que (como testifica la Iglesia) se canta perpetuamente en el cielo. En lo cual entendemos cuánto se precia Dios

(p) Apoc. 13. (q) Joan. 12. (r) Esaí. 6. (s) Apoc. 4.

deste glorioso título de Sancto; pues por él es siempre alabado en el cielo. Siendo pues esto así, ¿qué cosa mas gloriosa, y mas propia, y mas digna se puede afirmar de aquella summa bondad, que haber hecho una cosa de la cual tanta bondad y sanctidad se siguió en el mundo, como aquí está declarado? Y si son mas gloriosas y mas dignas de Dios las obras de gracia que las de naturaleza, ¿cuánto mas digna y mas propia es de Dios la obra de la sanctificacion del hombre, que la creacion dél? Y si es obra mas digna de Dios la que es mas magnífica y provechosa para los hombres, ¿cuánto mas magnífica obra es sanctificarlos, que criarlos? darles ser de gracia, que de naturaleza? darles ser divino, que humano? darles ser hijos de Dios, que ser hijos de hombres? y darles bueno y bienaventurado sér, que darles sér? Por tanto si tenemos por cosa gloriosa y digna de Dios la creacion del mundo, tengamos por cosa muy mas gloriosa, y mas propia y digna de su bondad la redempcion y sanctificacion del mundo, que fué la obra de su sagrada Pasion, por la cual todos los escogidos fuéron sanctificados.

Y que esto sea así, vese claramente. Porque ántes que él viniese al mundo, y padeciese, no tenia mas que un pueblo en todo él, y este tan inclinado á la idolatría, que ni amenazas de profetas, ni castigos de Dios bastaban para reducirlo á su servicio. Mas despues que bajó del cielo á la tierra, y murió en cruz, vemos cuánto se extendió la virtud y sanctidad por todas las partes del mundo, y cuán copiosamente se daba la gracia con todos los dones del Espíritu Sancto en aquel tiempo; pues con poner las manos sobre los hombres, se daba el Espíritu Sancto con sus dones y gracias (t). Por donde no sin razon podemos decir que fué este un diluvio de gracia que en aquel tiempo envió Dios al mundo para fundar su Iglesia. Porque como antiguamente se abrieron las fuentes del cielo, y cayó en tierra una tan grande lluvia de agua que bastó para anegar el mundo, así por el mérito de la preciosa sangre de Cristo se abrieron las fuentes de la gracia celestial, y cayó una tan grande lluvia de gracia sobre la tierra, que bastó no solo para anegarla, sino para sanctificarla y juntarla con Cristo. Desta manera, como Sant Crisóstomo dice (v), Dios conversaba con los hombres en la tierra, y los hombres se levantaban á las cosas del cielo. De donde resultó una mixtura y comunicacion de todas las cosas divinas y humanas; porque los ángeles comunicaban con los hombres, y los hombres eran llevados á los coros de los ángeles. Los entredichos y enemistades antiguas habian cesado. Dios estaba aplacado y reconciliado con los hombres, el demonio confuso, y la muerte vencida; el paraíso abierto, la maldicion revocada; el pecado perdonado, descubierto el error, restituida la verdad, la doctrina de la fe predicada en todos los lugares, y en todos ellos acrescentada, y una celestial conversacion plantada en la tierra, donde aquellas virtudes soberanas trataban y conversaban familiarmente con los hombres. Lo susodicho en sentencia es de Crisóstomo. Lo cual juntamente con todo lo demas que hasta aquí se ha dicho, sirve para que se vea la reformation que se siguió en el mundo despues de la venida del Salvador á él; de que en este capítulo habemos tratado.

(t) Act. 8. et 19. (v) Homil. 1. in Math.

## CAPITULO XVII.

Décimasexta excelencia de nuestra sancta fe y religion: que es el testimonio de los sanctos doctores.

Como el hombre esencialmente es criatura racional, así como le es cosa natural y fácil creer todo lo que se alcanza por razon, así le es cosa muy dificultosa y árdua creer lo que sobrepaja á la razon. Y de aquí han procedido tantas diferencias de herejías como ha habido en el mundo, y señaladamente la del maldito Arrio, el cual tuvo gran número de seguidores de su blasfemia por causa de la dificultad que la razon humana padesce en levantarse sobre sí misma, y creer lo que ella no alcanza. Pues como aquella summa bondad de nuestro Criador desea tanto la salvacion de los hombres, y su divina providencia provee perfectísimamente á todas las necesidades de sus criaturas, y mucho mas á las del hombre (para cuyo servicio ellas fuéron criadas), y la primera de sus necesidades sea la fe (sin la cual ni puede honrar á su Criador, ni se puede salvar), por esto le proveyó de suficientes remedios y argumentos que lo inclinasen á creer los misterios de la fe, aunque sean sobre toda humana razon.

Y demas de los que hasta aquí se han referido, hay otros cinco gravísimos testimonios; entre los cuales el primero es de los sanctos doctores, el segundo de las sibilas, el tercero de los mártires, el cuarto de los milagros, el quinto y mayor de todos es el cumplimiento de las profecias que vemos claramente cumplidas. Todas estas maneras de testimonios y de testigos tan abonados, ordenó la divina Providencia que testificasen la verdad de nuestra fe, para que no hubiese incredulidad tan obstinada, que no fuese convencida con tan grande fuerza de testigos y testimonios.

Destas cinco maneras de testigos trataremos aquí sumariamente, remitiendo al cristiano lector adonde esto tratamos mas copiosamente. Es pues el primero de los sanctos doctores, de que la Iglesia católica está como de un muro firmísimo cercada. Los cuales fuéron hombres de singulares ingenios, y muchos de grandísima sanctidad; de los cuales unos se aventajaron en los estudios de la filosofía, y de todas las artes liberales; como lo fué Sancto Tomas, Sant Buenaventura, Alberto Magno, Alejandro de Ales, Escoto y otros innumerables que se siguieron despues destes. Otros hubo que demas destas ciencias florecieron en los estudios de la elocuencia; como fuéron Sant Basilio, y sus dos contemporáneos Gregorio, teólogo, y Sant Juan Crisóstomo, Teodoro, Damasceno, entre los griegos; y entre los latinos Sant Hierónimo, Sant Cipriano, Sant Ambrosio, Boecio, que en todas las ciencias fué consumado. Y sobre todo Sant Augustin (el cual confiesa de sí en el cuarto libro de sus confesiones (a), que todas las ciencias, así de filosofía como de elocuencia, habia aprendido por sí solo sin maestros, por la gran viveza de su ingenio), y otros innumerables de que Sant Hierónimo y otros hacen catálogos, declarando sus nombres, y las obras que escribieron. Todos estos fuéron varones doctísimos, ingeniosísimos, y muchos dellos sanctísimos; y cuanto mas puros y sanctos, tanto mas hábiles para el conocimiento de las cosas espirituales y divinas, y para ser enseñados por aquel Señor que es maestro de los humildes, y amigo de buenos; á los cuales comunica él sus secretos. Y todos estos despues de fundados en las ciencias humanas, em-

(a) Cap. 16.

plearon toda la vida en los estudios de la teología, y de los misterios de nuestra fe, aprobándola, y defendiéndola de todos los argumentos y falsedades de los herejes, y mostrando la dignidad y excelencia della. Todos ellos confesaron la verdad del misterio de la sanctísima Trinidad, y del sancto sacramento del altar, y del inefable misterio de la Encarnacion y Pasion del Hijo de Dios; en el cual no solo no hallaron cosa indigna de aquella soberana majestad, mas ántes confesaron ser esta obra la mas gloriosa y digna de su infinita bondad y sabiduría, y la que mas arrebató y suspende los espíritus, así de los hombres como de los ángeles, en una grande admiracion y amor desa misma bondad; como Sant Augustin lo confiesa de sí mismo (b). Y pues tantos doctores sanctísimos y doctísimos emplearon toda su vida en estudiar, y disputar, y deslindar, y defender la verdad de los misterios de nuestra fe, seguramente pueden los hombres resignarse en el parecer de tan grandes ingenios, acompañados con tanta sanctidad de vida, y no querer discutir de nuevo lo que tan discutido está por ellos, como cosa en que les iba su salvacion.

Y aunque este testimonio sea muy grave, mucho mas lo es el de los sagrados concilios, en los cuales se ayuntó siempre la flor de todos los ingenios, y de toda la sanctidad y doctrina del mundo; en los cuales se han tratado todos los artículos y misterios de nuestra fe con summa diligencia, asistiendo en ellos la presencia del Espíritu Sancto; y con toda esta autoridad han sido testificados y confirmados. Con lo cual, demas del testimonio de los sanctos doctores, se deben quietar y consolar todos nuestros entendimientos; pues estas cosas han sido tan cernidas y apuradas por tantos y tan sanctos concilios. Este es pues el primer testimonio de la verdad de nuestra fe.

## CAPITULO XVIII.

Décimaséptima excelencia de nuestra fe: que es el testimonio de las sibilas.

Como nuestro Redemptor venia para ser Salvador, no de solo el pueblo de los judíos, sino tambien de los gentiles (que es de todos los hombres que él crió), por esto quiso que en ambos pueblos hubiese quien denunciase mucho ántes su venida. Porque si súbitamente viniera, hubieran de cegarse los ojos de los hombres con el resplandor de tan grande luz, que es de un misterio tan admirable. Y entre los judíos quiso que hubiese profetas llenos del espíritu de Dios, que denunciassen su venida; y entre los gentiles las sibilas, que testificasen lo mismo que los profetas. Y porque no pudiesen los infieles poner dubda en el testimonio destas vírgines, diciendo que los cristianos habian fingido esto para abono de su religion, quiso nuestro Señor que ántes que hubiese cristianos en el mundo, y ántes que el Salvador naciese, escribiese un poeta gentil, que fué Virgilio (a), lo que la sibila llamada Cuma dejó escrito en sus versos: que es la summa de todo lo que los profetas profetizaron. Lo cual es cosa que puso en grande admiracion al emperador Constantino, y así lo hará á quien quiera que esto leyere. La summa pues de lo que esta sibila dice (segun refiere Virgilio), es que una vírgen apareceria en el mundo, y que un nuevo hombre vendria del cielo, el cual reformaria las costumbres y vidas de los hombres. Y que en el mundo se levantaria una gente dorada, que es gente purísima y sanctísima;

(b) Confess. lib. 9. cap. 6. (a) Eglog. 4.

y que en su tiempo morirían las serpientes ponzoñosas, y que los flacos ganados no temerían los fieros leones. Quiere decir, que los hombres ponzoñosos como serpientes, perderían la ponzoña de su malicia; y los soberbios y fieros como leones, se amansarían, y humillarían, y se juntarían con los pequeñuelos y humildes. Que es lo mismo que profetizó Esaías, cuando dijo (b) que moraría el lobo con el cordero, y el tigre con el cabrito; y que el becerro, y el león, y la oveja morarían juntos; y que el león á manera de buey comería paja; y que el niño de teta metería la mano en la cueva del basilisco sin que le empeciese. Todas estas son metáforas con que el Espíritu Sancto amplifica y engrandescer esta maravillosa mudanza que se vió en muchos hombres despues de la predicacion del Evangelio, como arriba tocamos. Y haberse cumplido esto nos consta, no solo por todas las historias eclesiásticas, mas tambien en parte por los mismos gentiles, que dan testimonio de la constancia y innocencia de los fieles de aquel tiempo. De las otras sibilas que profetizaron las cosas de la Pasion del Salvador, y de la segunda venida á juicio, tratamos en nuestra Introduccion; mas sola esta quise aquí referir, así porque esta profecía comprehende la summa del misterio de Cristo, como por ser tan aprobada, que ningun hombre por bárbaro que sea la podrá negar.

## CAPITULO XIX.

Décimaoctava excelencia de la religion cristiana: que es ser aprobada por el testimonio, y sangre de los mártires.

Despues del testimonio de las sibilas síguese el de los santos mártires, del cual Sant Máximo dice así: La fe católica es la madre del martirio; en la cual los caballeros esforzados de Cristo firmaron la verdad della con su sangre, y la juraron con su muerte. Porque nunca ellos ofrecieran su vida á la muerte con tanta constancia, si no estuvieran firmísimamente certificados que con esta compraban otra vida sin comparacion mejor. En la explicacion deste testimonio pasaré las leyes de abreviador, para añadir en esta materia algunas cosas allende las que en nuestra Introduccion están escritas, presuponiendo lo que allá dije: que ninguna materia huelgo mas de tratar que esta, y ninguna recelo mas; porque es tanta la excelencia della, que ni se puede concebir dignamente su grandeza, y mucho ménos explicarse con palabras. Y por eso será menester pedir á aquel que tal fortaleza y constancia dió á sus mártires para padecer, dé á nosotros palabras para lo poder explicar.

Comenzando pues á tratar del testimonio de los mártires, la primera cosa que nos conviene declarar, es la que la prudencia humana querrá aquí saber. Esto es, por qué causa ordenó la divina Providencia que se fundase la fe del Evangelio por medio de tanta infinidad de mártires, y con tan horribles y espantosos tormentos. Porque pues nuestro Señor con una palabra del profeta Jonas acabó con todos los ninivitas, no solo que recibiesen la fe, sino tambien que emendasen sus vidas, é hiciesen penitencia, muy bien pudiera él convertir todo el mundo con la facilidad que convirtió esta ciudad; pues para él no hay cosa imposible.

Para responder á esto (tomando el negocio dende sus principios) conviene presuponer que nuestro Señor Dios es, como él dice por Sant Juan (a), Alpha et Oméga, que quiere decir primer principio y último fin de todas

(b) Esai. 11. 65. (a) Apoc. 1.

las cosas; porque él las hizo, y para sí las hizo: esto es, para manifestacion de su gloria con la grandeza de las obras y maravillas que él habia de obrar en ellas. Siendo esto así, ninguna cosa era mas propia ni mas conforme al intento deste Señor, que aquella que redundaba mas en su gloria, y mas perfectamente lo glorificaba.

Es pues agora de saber que aunque todas las cosas criadas (cada cual en su manera) sirvan á este fin (que es glorificar á su Criador), pero ninguna dellas, ni todas juntas le glorifican tanto como la fortaleza y lealtad de los santos mártires: los cuales combatidos con tantos y tan horribles géneros de tormentos, nunca perdieron punto de la fe y reverencia que debían á este soberano Rey y Señor. Ni saco de aquí á la sacratísima Virgen nuestra Señora; pues, como dice Sant Augustin (b), fué mas que mártir al pié de la Cruz; ni á Cristo nuestro Salvador, al cual Sant Juan llama testigo fiel (c), que es lo mismo que mártir. Y así digo en consecuencia desta verdad, que fué tan grande la gloria con que aquella soberana majestad fué por este medio esclarecida y glorificada, que toda la gloria que le dan cuantas cosas vemos en este mundo criadas, queda baja en comparacion desta. Y no digo solamente la que le da la hermosura del sol, y de la luna, y de las estrellas, y de todos los cielos, los cuales predicán la gloria de Dios (d), mas aun la que se le da sobre los mismos cielos, donde moran aquellos espíritus soberanos (los cuales mucho mas que todo lo corporal y visible testifican su gloria); mas ni aun ellos lo glorifican de la manera que los santos mártires lo glorificaron. Porque todo cuanto ellos tienen, son gracias y dones de Dios, alcanzados sin trabajo, ó con poco trabajo; porque no hicieron mas en siendo criados, que humillarse ante el acatamiento de su Criador, y reconocerle por tal; y esto se hizo en un instante, y sin haber en ellos carne, ó otra cosa que resistiese á este reconocimiento. Y solo esto bastó para ser confirmados en gracia, y enriquecidos con grandes dones y privilegios singulares. De modo que ellos fueron como unos preciosos relicarios, en los cuales la magnificencia de Dios quiso depositar las riquezas y tesoros de sus gracias; y así mas tenemos aquí por qué glorificar al Criador, que á ellos. Mas el mártir ¿qué dolores, qué crueldades, qué prisiones, qué destierros, qué heridas, qué hambres, qué fuegos, qué despedazamiento de miembros, qué invenciones de tormentos nunca vistos padesció por la gloria de su Señor? Y dado que esta su fortaleza y constancia admirable era dada por Dios que en él obraba; mas él juntamente con Dios obraba y padecía en su cuerpo los dolores agudísimos que pudiera excusar si quisiera resistir al que le esforzaba. Pues esta es la ventaja que hacen los mártires á los ángeles, por altísimos que sean; pues tan poco pusieron de su casa para ser lo que son, habiendo los mártires puesto tanto de la suya por la honra y gloria de su Criador. Porque este padecer era testificar y decir por la obra: tal es nuestro Dios, tal su bondad; tal su grandeza, su magnificencia, su hermosura, su nobleza, su fidelidad y lealtad para con los suyos, y tales las mercedes y beneficios que les hace en esta vida, y ha de hacer en la otra, que aunque padeciésemos cuantos tormentos hay en el mundo por él, es nada para lo que él por sí merece, aunque nada nos hubiese de dar. Lo cual algunos de los mártires testificaban, no solo por la obra de la Pasion, sino tambien

(b) August. Epist. 59. tom. 2. (c) Apoc. 1. (d) Psal. 18.

por palabras; como se escribe de Sant Ginés: el cual despues de azotado cruelísimamente con varas, y rasgadas sus carnes con garfios de hierro, y abrasados sus lados con hachas encendidas, perseverando él en esta gloriosa confesion, dijo: No hay otro rey sino Cristo; por el cual si mil veces muriere, no me lo podréis quitar, ni de la boca, ni del corazon. Pues ¿de qué otra manera puede una criatura honrar mas á Dios, que con esta confesion? ¡Oh voz gloriosa (dice Sant Basilio), con la cual el aire que la recibió fué santificado, los ángeles oyéndola la festejaron, y el demonio con su cuadrilla fueron azotados, y Dios la escribió con su dedo en el cielo!

Pues ¿quién no ve, siquiera por este ejemplo, cuán altamente glorificaron á Dios los santos mártires, que con este mismo espíritu padescieron? Por lo cual considerando yo la infinita muchedumbre destes honrados de Dios, osaré decir que aunque de toda la obra de la creacion deste mundo, y de la gobernacion perpetua dél, no se siguiera otro fructo sino esta gloria del Criador, era bien empleado todo lo hecho por solo esta causa. Y aun digo mas, que si de toda la Pasion y dolores de Cristo no se siguiera otro fructo sino este, él diera por bien empleado todo cuanto padesció, por la gloria que de aquí resultaba á su eterno Padre: por la cual él padesciera mil tanto mas de lo que padesció, si fuera necesario.

Y si me preguntáredes, ¿por qué quiso este Padre celestial que hubiese en el mundo tan gran número de mártires como adelante veremos, pues pudiera él convertirlo con un sola palabra? A esto respondo que esto quiso él por los grandes frutos que de aquí se siguieron, así para gloria suya como de los mismos mártires. Los cuales con pocos dias de trabajo compraron descanso de todos los siglos, trocando la tierra por el cielo, y los bienes perecederos por los perdurables: donde siempre cogerán el fructo de lo que con lágrimas sembraron, y donde serán tan grandes sus alegrías, que si alguna pena pudiese caber en ellas, sería por no haber padescido mucho mas por un Señor que tan magníficamente los ha galardonado.

## §. I.

De otras causas de la muchedumbre de los mártires, y favores con que declaraba Dios cuánto era glorificado en ellos.

Otra causa fué querer aquel soberano Señor hermohear aquella ciudad celestial, que se edifica de piedras vivas (e), con la hermosura y preeminencia destes gloriosos caballeros. Porque como entre las estrellas hay unas mas resplandecientes que otras (f), así quiso él hermohear aquella su casa real con la hermosura de los santos mártires, que con especial corona de gloria se señalan y resplandescen entre los otros santos que acabaron en paz. Por donde así como en el edificio de una casa real hay unas piedras llanas de que se fabrican las paredes, y otras labradas con muchas molduras y artificio, que sirven para algunas partes mas vistosas del edificio; así en la fábrica de aquella casa y palacio celestial, los mártires tienen el lugar destas piedras ricas, las cuales los tiranos escudaron y labraron con todas las maneras de heridas y tormentos con que los martirizaron, para que así tuviesen tanto mas prin-

(e) 1. Petr. 2. (f) 1. Cor. 13.

cipal lugar en el cielo, cuanto mas labrados y martillados fueron en este mundo.

Y como estas pasiones sirven para la gloria de la Iglesia triunfante, así tambien sirven para provision y socorro de la militante: que es para esfuerzo de los buenos y confusion de los malos. Porque una de las cosas que mas esfuerza á los buenos en los trabajos de sus abstinencias y penitencias, es el ejemplo de los mártires, conforme á aquello que dice Sant Gregorio (g): Pensemos en los trabajos de los que nos precedieron, y no nos parecerán graves las molestias que padescemos. Y lo mismo tambien sirve para confusion de los malos, para que ninguna excusa tengan de su mala vida, el dia del juicio, cuando allí vean las señales gloriosas de los tormentos en los cuerpos de los mártires, con las cuales compraron el reino del cielo; no habiendo querido ellos comprarlo con sola la guarda de los mandamientos divinos.

Finalmente, por este medio quiso la divina Providencia fundar su Iglesia, y confirmar la fe della con el testimonio y ejemplo de innumerables mártires que pusieron la vida por ella.

Estas causas sobredichas declaran los grandes frutos que destas pasiones se siguieron para la gloria, así de la Iglesia militante como de la triunfante. Mas otras hay que pertenescen á la gloria de Dios, y de su unigénito Hijo nuestro Salvador, que son mas principales. Porque (como arriba declaramos) con estas pasiones testificaron los mártires la gloria de su Criador: que es el fin que ellos pretendían, y el que Dios pretende en todas sus obras.

Y cuánto haya agrado á aquel soberano Señor esta fe y lealtad destes sus fieles siervos, declarólo él con muy especiales favores al tiempo de sus martirios. Porque muchas veces amansaba las fieras, otras apagaba las llamas, curaba sus llagas, alumbraba sus cárceles, soltaba sus prisiones, dábales de comer por manos de ángeles, animábalos á los trabajos, aliviaba sus dolores, y finalmente morando en ellos obraba y venia por ellos. ¿Qué esfuerzo para sufrir las pedradas, ver abiertos los cielos, y al Hijo de Dios á la diestra del Padre, como vió Sant Estevan (h)? ¿Qué esfuerzo para Sant Lorenzo oír aquella voz del cielo que decía: Aun te quedan mas batallas que vencer? Pues ¿qué diré del cuidado que tenia de honrar aquellos cuerpos despedazados por su amor? Porque no contento con dar á las ánimas aquella singular fortaleza, proveia tambien á los cuerpos honrosa sepultura. El cuerpo de Sancta Catalina mártir tomaron los ángeles, y lo sepultaron en el monte Sinai, donde Dios habia dado la ley. El cuerpo de Sant Dionisio, despues de asado y descabezado, tomó su propia cabeza en los brazos, y la llevó al lugar donde agora está sepultado, acompañando los ángeles su enterramiento con lumbreras del cielo, y cantando *Gloria tibi Domine*, y repitiendo muchas veces *Alleluia, Alleluia*. Los cuerpos de los santos mártires Gervasio y Protasio reveló Dios á Sant Ambrosio á cabo de mas de trecientos años, para que los sepultase en lugar mas honrado (i), estando ellos tan enteros y tan fresca su sangre, como si aquel dia fueran degollados. Pues ya ¿qué palabras bastarán para engrandescer aquel regalo y providen-

(g) Lib. 24. Mor. cap. 10. (h) Act. 7. (i) D. Ambr. Epistolar. lib. 7. Ep. 33. tom. 5. et August. Conf. lib. 9. cap. 7. tom. 1. et de Civit. Dei, lib. 22. cap. 8. tom. 5.